

IDEOLOGIA Y CREACION LITERARIA EN LA TRILOGIA DE LA TIERRA JALISCIENSE DE AGUSTIN YAÑEZ

Revisión crítica

Alicia Sarmiento (*)

Al filo del agua (1947), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962) integran el ciclo "El país y la gente", dentro del ambicioso conjunto novelesco que bajo el título "El plan que peleamos, esbozo de un retrato de México", intentó componer Agustín Yáñez.

Median entre la primera novela del ciclo y las dos restantes, largos años y la composición de dos novelas: *Ojerosa y pintada* (1959) y *La creación* (1960), ambas de inferior calidad literaria y, por sus caracteres, clasificadas como novelas de la ciudad. Por estos años, elabora, además, otra novela, concluida en 1951, *Las vueltas del tiempo*, editada recién en 1973.

Problemáticas y maneras literarias diferentes caracterizan y distinguen a estas obras intermedias, de las de la trilogía de la tierra jalisciense, pero en todas la temática es netamente mexicana.

(*) Miembro de la Carrera de Investigador Científico de CONICET.

Las novelas de Jalisco constituyen las novelas de la provincia. Un ámbito reducido en el espacio a través del cual el autor pretende alcanzar lo universal. La provincia es para Agustín Yáñez: "La raíz de mi sensibilidad, el ámbito en que desperté a la vida"¹. Esto se trasunta hondamente, como idea y como sentimiento de la vida en las tres novelas. Yáñez es un provinciano jalisciense y desde esta perspectiva vital enfrenta la representación novelesca. En las novelas de la ciudad, la visión es siempre la de un extraño al medio capitalino, hecho que pareciera tener incidencia aun en la elaboración formal de las obras.

Esta trilogía novelesca está constituida por obras autónomas, independientes entre sí respecto de su significación. Todas responden a la intención manifiesta del autor de: "[...] describir, desentrañar hasta donde sea posible los problemas de México. En esta aspiración pongo todo mi empeño"², aún cuando las motivaciones particulares que dieron lugar al nacimiento de cada novela varíen en cada caso. El autor reconoce que *Al filo del Agua* surgió inesperadamente porque pensaba escribir una novela corta destinada al Archipiélago de mujeres:

"Imaginaba un pueblo de los altos durante el conflicto religioso, un pueblo como Jalostotitlán, encerrado, de mujeres enlutadas, en el que opera una fuerza militar apoyada por la aviación y adonde llegan unos pilotos. Trataba de pintar el ambiente del pueblo [...]"³

Es evidente que cuando escribió el "Acto preparatorio", introducción a la novela, en su imaginación recreaba un tiempo histórico diferente del que finalmente dio como marco definitivo a la obra: el conflicto de 1926 al 29, en lugar de 1909, vísperas del levantamiento de Madero —las mujeres enlutadas bien podrían ser las que durante el conflicto vestían así como protesta ante las injurias

1 "Entrevista con Agustín Yáñez", reproducida por Serge I. Zaitzeff en *Hispania*, 62. March 1979. p. 149.

2 Enmanuel CARBALLO: "Agustín Yáñez". En *Anales de la Universidad de Chile*, año CXXIII, N^o 138. Abril-junio 1966. p. 40.

3 *Ibid.* p. 38.

sufridas por la Iglesia—. Después decidió aprovechar el texto para una novela breve que “contaría las peripecias de algunas vidas características de *un pueblo*”. Luego de aclarar que se propuso aplicar la técnica de Dos Passos para describir la gran ciudad, en *Manhattan Transfer*, agrega:

“Quería escribir una novela, y así están escritos los primeros capítulos —los cuatro insomnios—, de cuatro personajes, cuyo único punto de contacto fuera *el ambiente del pueblo*”.⁴

De estas declaraciones se desprende que, a pesar de las variantes impuestas al tiempo histórico y a su propósito final de escribir una novela, en la intención del autor estaba la idea de recrear el ambiente de un pueblo de los Altos de Jalisco.

Respecto de sus motivaciones para escribir *La tierra pródiga*, Yañez afirma:

“Dentro del plan de realizar un retrato de México no podía faltar la *tierra caliente*. Los años que estuve al frente del gobierno de Jalisco me dieron la oportunidad de conocer una región tan importante dentro de la costa de México como es la tierra caliente de mi Estado. Durante esos años me asomé a rincones prodigiosos por su naturaleza, conocí una complicada serie de gente [. . .] Todo ello me fue proporcionando materiales que, a la distancia, dieron el asunto y el desarrollo de la novela”.⁵

En este caso es una nueva región, descubierta en la madurez, la que estimula la imaginación creadora del autor.

Cuando Carballo interroga a Yañez acerca de los estímulos que originaron *Las tierras flacas*, responde:

“De tiempo atrás quería consagrar una novela a la *vida campesina*, en la que apareciesen la pequeña propiedad como régimen económico, el aislamiento y las tierras áridas que de-

4 *Ibid.* p. 38.

5 *Ibid.* p. 58-59.

terminan niveles de vida y de carácter muy especiales. Me faltaba descubrir la anécdota [...]”⁶

Nuevamente, es evidente que el móvil del escritor es la presentación de una región tapatía y sus modos de vida. En esta novela vuelve a la región de los Altos pero, ahora, para mostrar no el ámbito pueblerino sino el estrictamente rural.

Resulta claro, atendiendo a las razones de Yáñez, que en las tres novelas el principio de creación es la intención mostrativa más que la imperiosa necesidad de contar algo. En cada caso, la novela surge como entidad narrativa “a posteriori” del planteo de esta intención. Esto revela el “modus operandi” creativo del autor y explica al mismo tiempo ciertos caracteres estructurales de las obras. Son reveladoras, a tal efecto, las declaraciones a Carballo en la tan citada entrevista, porque demuestran en qué medida la anécdota es un hecho segundo en el orden de la creación⁷, y porque confirman que el primer elemento unitivo en esta trilogía lo constituye el espacio, entendido como ámbito vital. De ahí que las novelas no guarden una secuencia temporal ni la problemática planteada se relacione de una a otra. Tal vez para ligarlas de algún modo, en su amplio plan creativo, Yáñez utiliza la presencia de algunos personajes que van reapareciendo en las distintas obras.

En la primera novela el ámbito representado es un pueblo, lo que supone una comunidad asentada en un determinado espacio y con una organización interna: hay un representante del gobierno, comercios, artesanos y la Iglesia con una serie de organizaciones apostólicas. Los conflictos íntimos y sociales de sus habitantes se desarrollan en un lapso circunscripto de tiempo, de 1909 al 1910. Para Flasher, *Al filo del agua* es un modelo de realismo literario y la novela puede ser clasificada como psicológica y realista por la penetración revelada por el autor para analizar el talento particular de

6 *Ibid.* p. 59.

7 Resulta pertinente aclarar que el valor de estas declaraciones reside, particularmente, en aquellos pasajes en los que el autor revela su modus operandi, ya que la interpretación que el autor hace de cada obra debe ser siempre compulsada con la obra misma, que es el resultado objetivo de su creación y como tal pasible de múltiples interpretaciones.

la gente de los Altos⁸. Para Brushwood, en cambio, "es una novela histórica en la mejor acepción del término, porque recrea la realidad de México cuando estaba a punto de estallar la Revolución"⁹ aun cuando aclara que en esta novela el pasado es el presente por cuanto la Revolución no cambió las circunstancias que se ponen de manifiesto en la novela, y porque la conciencia de la misma vino después de su realidad. Ambos juicios son valederos en tanto que tienen observaciones certeras, pero no en sentido absoluto. En cuanto al realismo de Yáñez, es posible hacer distingos respecto del que caracterizó a los novelistas que lo precedieron; en cuanto a la clasificación como novela histórica, a pesar de los datos aportados por el autor con la técnica del "collage" y las referencias temporales de algunos personajes, es posible suponer que no estaba en su intención la composición de una obra de carácter histórico. Es en la caracterización del hombre de una determinada región en lo que el autor aplica su intuición creadora. El alteño, hombre cuidadoso de su honor, retraído, orgulloso, resignado y estoico, es también solidario con el prójimo en el dolor, se adecua sin rebeldía a su tierra grisácea y peñascosa, a la que, además, ama entrañablemente.

En el caso de *Al filo del agua*, Yáñez se detiene particularmente en una característica muy especial del jalisciense de los Altos y es su religiosidad. El homo religiosus es presentado por el autor como la dimensión existencial más importante del ser humano, de ahí que todos los conflictos pasen por esta religación trascendente que tiene consecuencias sociales. Pero es necesario aclarar que, aun cuando Yáñez describa con fidelidad el fenómeno, no lo juzga con exactitud. La visión que entrega está, como habrá de demostrarse, viciada por una óptica parcial.

No es posible hablar de una anécdota única en esta novela sino de varias historias relacionadas y simultáneas, en las que se encarnan los caracteres vitales de los seres de esta región, formulados como anticipo en el "Acto preparatorio".

De todas las novelas de Yáñez ésta es la que ha merecido más

8 John FLASHER. *México contemporáneo en las novelas de Agustín Yáñez*. México, Porrúa, 1960. p. 40.

9 J. S. BRUSHWOOD. *México en su novela*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 22.

estudios críticos, de la más variada índole, debido sin duda al carácter de innovación que la obra presenta en el momento de su aparición. El juicio más certero corresponde, sin duda, a Brushwood:

"Sería injusto decir que *Al filo del agua* cambió la dirección de la novela. Pero sí señala un hito, encierra las características de una nueva dirección. Incorpora y rebasa la anécdota, el costumbrismo, la protesta social, el calculado esteticismo presentes en novelas anteriores, aunque casi nunca en combinación".¹⁰

En *La tierra pródiga* el ámbito es la región costera. El conflicto representado resulta un traslado directo del que enfrentó el autor como gobernante de Jalisco. De ahí que el tiempo de la acción narrada corresponda al presente del narrador—autor. En esta novela es donde se hace más evidente la endeblez de la anécdota y su carácter secundario. Es la fascinación de la tierra caliente y su influencia sobre los hombres lo que el autor quiere mostrar. De ahí su prosa morosa, rítmica y de efectos joyantes en las extensas descripciones, casi enumerativas, y la poco equilibrada estructura de la novela como tal. Un nuevo talento impresiona al autor y lo encarna en los siete caciques del Bajío: agresivos, ambiciosos y audaces, y en las mujeres aguerridas, alegres y expansivas.

En *Las Tierras flacas*, la caracterización del alteño sufre la agudización de los rasgos propia del mayor aislamiento de los seres que viven, no ya en un pueblo, sino en un simple caserío. La anécdota—largamente buscada por el autor, según sus propias declaraciones— es sencilla, pero elaborada con superior maestría da como resultado una novela de equilibrada arquitectura y la representación novelesca resulta una pequeña *imago mundi*. Como en ninguna otra, la tensión entre tradición y progreso aparece encarnada en tres órdenes sociales en conflicto: un antiguo orden tradicional basado en la ley natural, la descomposición de ese viejo orden representado por el dominio autárquico de los Trujillo y un nuevo orden, el de los Gallo, que representa el ingreso de la máquina en un estadio hasta ese momento exclusivamente agrícola.

Pese a la madurez creativa de Yáñez en esta obra, la crítica no se ha detenido en ella con el mismo interés que en la primera. Flasher le dedica un extenso estudio, pero se equivoca en la interpretación de la figura sobresaliente del cacique. Su comparación con el cuáquero resulta improcedente. Nada más alejado de la realidad de esta figura casi patriarcal, en estado de decadencia, pero perteneciente a un mundo impregnado de religiosidad y magia, donde la tradición hispano—criolla sobrevive, más que en otras regiones, en el ordenamiento social, costumbres y atavismos.

Junto con la actitud mostrativa se manifiesta en Yáñez una actitud crítica frente a la realidad. Esta puede resumirse, respecto de la trilogía jalisciense, en los siguientes tópicos:

a— Crítica a la influencia religiosa sobre la sociedad desde una posición anticlerical, pero concedora de las honduras doctrinales y litúrgicas de la fe católica.

b— Crítica al estado de atraso y desorden de las zonas rurales, ante las que preconiza, como solución, el progreso, entendido como desarrollo material más que como un armonioso desenvolvimiento social, político y cultural.

Puede observarse la ausencia de la idea de la educación como factor de progreso, hecho llamativo en Yáñez, educador de profesión.

A pesar de la actitud crítica del autor, en ninguna de estas obras aparece el planteo de la problemática situación representada como consecuencia directa de un determinado orden político. Resulta curioso que la Revolución —fenómeno esencialmente político—, tema que está siempre, de algún modo, presente en la novela mexicana contemporánea, sólo aparezca en esta trilogía como un dato más en el plano referencial de las obras.

En *Al filo del Agua*, es un suceso inminente que se concreta, al final, con el simple paso de las tropas por el pueblo, con las que huye una de las protagonistas, aun cuando se ha pretendido ver en la situación relatada una explicación causal del fenómeno revolucionario¹¹. En *La tierra pródiga* el hecho revolucionario no se menciona. Frente al anárquico poder de los caciques que luchan por el

11 José Luis MARTÍNEZ, Rosario CASTELLANOS, ROJAS GARCIDUEÑAS, Julieta CAMPOS, entre otros.

dominio de la tierra aparece la fuerza del Estado como mero ordenamiento burocrático: "la institución", "el plan". En *Las tierras flacas*, la Revolución es algo que ha sucedido fuera del ámbito de la acción narrada. Se manifiesta como una presencia vicaria, a través de un personaje que encarna una fuerza de carácter policial con pretensiones de progreso. En ninguna de ellas el autor asume una actitud crítica frente a este fenómeno capital en la vida del país que pretende retratar.

Rosario Castellanos¹² cree ver en esta actitud del autor "la visión optimista —que quizás Yáñez es el único que mantiene respecto a la evolución del país—" y agrega:

"Precursor y maestro de toda la generación actual de narradores, Agustín Yáñez lo es por su afán de interpretar la historia patria y de valorar las conquistas de la Revolución y de expresar sus hallazgos recurriendo a los procedimientos técnicos más novedosos y disímbolos (sic) [. . .]"

En tanto que Valbuena Briones¹³ pone a Yáñez como ejemplo de la actitud de desencanto, término tomado de la afirmación de Miliani respecto de la novela de la Revolución: "[. . .] el desencanto es el signo de su estilo narrativo".¹⁴

Ante estas dos posiciones antagónicas cabe preguntarse si los críticos atienden realmente a las obras, objetivamente consideradas, o al autor. Si se trata de lo que las obras representan, como ya se ha dicho, la Revolución no es ni el objeto ni el marco de su temática. Mal puede pues el autor valorar las conquistas revolucionarias o sentirse desencantado por ellas. Si, en cambio, se atiende al autor, dos factores deben ser tenidos en cuenta. De una parte, el talante personal que, en el caso de Yáñez, tiende más bien a un cierto pesimismo frente a la realidad que representa, lo que no debilita el sincero

12 Rosario CASTELLANOS. "La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial". En *Hispania*, XLVII, n.º 2. Mayo 1964.

13 Angel VALBUENA BRIONES. "El tema del desencanto en la novela de la Revolución". En *Arbor*, n.º 417-418. Sept.-oct. 1980. p. 23-33.

14 Domingo MILIANI. *La Realidad Mexicana en su novela de hoy*. Caracas, Monte Avila, 1968.

afecto que el autor siente por su tierra y el interés por los problemas que la aquejan. De otra parte, el compromiso ideológico del autor. Cuando Yáñez escribe esta trilogía es ya funcionario del Régimen Revolucionario. Algunos críticos, como Rosario Castellanos, parecen haber atendido a este hecho más que al contenido de las obras al juzgar al autor como exaltador de los logros revolucionarios.

Es posible suponer, con un buen margen de certeza, que la omisión del tema de la Revolución y el consiguiente juicio sobre ella, en las novelas de la tierra jalisciense, deviene de la situación política del autor cuando las escribió. Resulta oportuno recordar que Yáñez había militado en los movimientos de reacción católica de Guadalajara, en la década del veinte, es decir en la etapa de más agudo jacobinismo de los gobiernos de Obregón y Calles, posición que abandona desde 1929¹⁵. La manifiesta clerofobia de *Al filo del agua* refleja claramente su viraje político. Cuando escribe *La tierra pródiga* es ya gobernador de Jalisco (1953-59) y cuando publica *Las tierras flacas* es Secretario de la Presidencia de la República (1961-64). De ahí que su crítica se formalice en la simple mostración de los hechos de injusticia o atraso, sin señalar las causas reales de tales situaciones, porque si así lo hiciera estaría enjuiciando al Régimen al cual pertenecía.

Más allá de la inclusión o no del tema de la Revolución, la situación política del autor incide en sus obras, de modo más decisivo, en la configuración de la realidad representada. En este sentido puede aceptarse el juicio de Rosario Castellanos, cuando ubica a Yáñez como iniciador de una nueva corriente:

[...] la del realismo crítico, en la que el escritor se sitúa desde una perspectiva para considerar la totalidad de los hechos y *sustenta una ideología* que le permite juzgar esos he-

15 En nuestro trabajo "Enigmas en torno a una novela y un novelista, *Las vueltas del tiempo* de Agustín Yáñez", queda demostrado que el tema de la Revolución como fenómeno político no ha quedado fuera de los intereses de Yáñez como novelista, y que fue su situación política la que determinó la tardía aparición de *Las vueltas del tiempo* (1973), una novela en la que, en una excelente factura literaria, encierra la más aguda crítica a la Revolución y al Régimen por ella instaurado en México.

chos y mostrar su relación con los fines buscados".¹⁶

Determinar con precisión cuál sea la ideología que Yáñez sustenta no resulta sencillo. Flasher, por su parte, cree encontrar, sobre todo en el desarrollo de la problemática de *La tierra pródiga*, que Yáñez comparte muchos de los pensamientos y afinidades del sociólogo alemán Max Weber¹⁷:

"Los dos son *liberales nostálgicos*. Ambos consideran el proceso de racionalización adverso a la libertad personal. Sin embargo Yáñez, como Weber, aboga por la necesidad de una Burocracia racional [...]".¹⁸

Probablemente, Flasher se deja llevar por las, sin duda, evidentes analogías pero desconoce los avatares de la vida política de Yáñez, como queda de manifiesto en la biografía que presenta de este autor, en la que no menciona su participación en los movimientos contrarrevolucionarios, en su etapa juvenil, y lo que esto pudo representar en su formación. De ahí su explicación un poco simplista. Se cree que resulta más realista plantear el problema atendiendo a la verdadera situación política de México, en la época en que Yáñez debió realizar su opción: la existencia de un partido único con acceso al poder, regido por una constitución de corte socialista, un sistema formalizado como una democracia nominal. Ante estos hechos sólo cabían dos opciones: la oposición y el exilio, como en el caso de Vasconcelos, o la aceptación del "Stablishment" revolucionario, fuertemente sostenido por los Estados Unidos y la consiguiente colaboración. Yáñez optó por la segunda vía y halló en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) un cauce para su acción política. De la etapa de su Gobernación puede señalarse como nota distintiva el progresismo, concretado en un desarrollo económico de la región, y la morigeración de la función pública. No hay, pues, ni en el Régimen ni en Yáñez una ideología definible más

16 Rosario CASTELLANOS. *op. cit.* p. 255.

17 Max WEBER. *De los ensayos en sociología*, traducidos, editados y con introducción de H. H. Wright Mills. New York, 1946.

18 John FLASHER. *op. cit.* p. 131.

que como revolucionaria, entendido el término en el marco referencial del sistema mexicano y atendiendo a sus evoluciones según épocas y gobernantes. Es evidente que Yáñez no sustenta, al tiempo de escribir las novelas, una doctrina o teoría política, de ahí que resulte más riguroso y preciso aludir a su actitud política como ideológica¹⁹. Tal actitud opera en el autor como criterio de selección de los elementos que integran la realidad representada y, en algunos casos, en la interpretación misma de los hechos.

En *Al filo del agua* es dable observar este fenómeno. Yáñez ofrece aquí la visión oficial revolucionaria de la Iglesia como un poder opresor y fanatizante, con lo que quedaría justificada no sólo la Revolución del 10 sino también la terrible persecución religiosa de la década del veinte. La realidad histórica ha demostrado, con la guerra cristera, que el tan mentado "fanatismo" religioso era simplemente la enraizada religiosidad del pueblo mexicano desplegada sin necesidad de imposiciones canónicas, antes bien independiente de ellas²⁰.

En *La Tierra pródiga*, la distorsión se manifiesta en la asimilación de la violencia de los caciques por el dominio de la tierra con la empresa de la Conquista. Si bien, en ambos casos, es posible señalar el sello del personalismo hispánico— que en grado exagerado degenera en autocracia—, en el caso de *La tierra pródiga* resulta injusta la comparación porque los caciques de la novela son simples bandoleros. Esta comparación, que en la novela se concreta en un breve pasaje, en la pintura casi surrealista de Nuño Beltrán de Guzmán, ha sido comentada por el autor más largamente en su entrevista con Carballo²¹. De ahí parten los críticos más que de la novela misma para repetir el equívoco de la asimilación. Es su ideología también lo que lleva a Yáñez a tratar de justificar el hecho de la admisión de tales "bandoleros", "asesinos" como colaboradores

19 Resulta oportuno aclarar que, en este trabajo, el término ideología conserva la carga semántica que le atribuye el realismo político: construcción racional —en oposición a teoría o doctrina—, despegada del hecho real, se desarrolla a partir del pensamiento mismo y tiene pretensiones de interpretación totalizadora y dogmática de la realidad con el objeto de transformarla.

20 Cf. Jean MEYER. *La Cristiada*, México, Siglo XXI editores, 1974, 3 tomos.

21 Cf. Emmanuel CARBALLO. *op. cit.* p. 55 y ss.

del gobierno, so capa de neutralizarlos y aprovecharlos.

La impronta ideológica en la interpretación y juicio de los hechos lo que determina, sin duda, eso que se ha dado en llamar su *realismo crítico*. En esto se diferencia Yáñez de sus predecesores, los novelistas del realismo testimonial, en cuyas obras la realidad aparece directamente representada, fragmentaria y recortada en la medida en que lo era su propia visión de los hechos. En ellos, la realidad se imponía a todo 'a priori' ideológico y el juicio nacía de la personal experiencia. No se quiere afirmar con esto que carecieran de ideología, al menos de ideales políticos —por alguna razón participaron de la experiencia histórica de la Revolución—, sino que en muchos casos, como en Azuela, Guzmán o Campobello, esa experiencia modificó sus puntos de vista y los convirtió en críticos de esa realidad y, en ellos sí, el desencanto fue el signo de su estilo narrativo.

Es de justicia reconocer sin embargo, que la incidencia ideológica tiene en Yáñez un límite y no llega nunca, en sus obras de creación, a la sustentación de una tesis política o a la actitud propagandística. Es que subyace en Yáñez una actitud de realismo profundo, que se observa en la percepción de la realidad esencial, la que verdaderamente le interesa desentrañar y mostrar: la del ser mexicano. Este modo de realismo se fundamenta en su personal concepción del hombre. Yáñez no se ocupa en sus novelas de la condición humana en abstracto sino encarnada en seres con una vida particular. La novelística de Yáñez presenta al hombre en su existencia concreta y en sus dimensiones relacionales básicas con el tiempo y el espacio, lo muestra en la acción misma del vivir, pensando, obrando o sintiendo, desde su singularidad. Y lo que determina este modo de ser concreto, lo que el mismo Yáñez llama el "ethos" y el "pathos" mexicano —conducta, sentimientos, valores, orden social—, surge del fundamento étnico y de los modos en que se concreta la relación del hombre con su propia tierra. Sobre el aspecto étnico, Yáñez ha abundado en obras de carácter teórico, en las que reconoce al mestizaje como lo distintivo de México y de toda Hispanoamérica. En las novelas de la tierra jalisciense éste es un dato sobreentendido en la caracterización física y espiritual de los hombres y mujeres tapatíos. El mestizaje con predominio de sangre blanca ha dado el tipo de criollo cercano por su fisonomía y talante al castellano. Para destacar su particularidad Yáñez contrapone otros

tipos, como el norteco, en *Al filo del agua*, propio de una región fronteriza, donde se desequilibra el mestizaje con la sangre troncal y con la tradición que ella representa, y que preconiza un modo diverso de vida. En *La tierra pródiga*, el cacique Sotero Castillo representa el predominio indígena sobre el blanco, hecho que tiene su correlato en el carácter y conducta del personaje.

Pero es en la expresión de la religación fundamental del hombre de Jalisco con su tierra en donde la intuición de Yáñez brilla en el acierto. El autor revela, encamándolo poéticamente en las tres novelas, el hecho que define la nacionalidad mexicana. Porque lo nacional para Yáñez reside sobre todo en la territorialidad. Superadas las notas folklóricas y costumbristas, más allá de los conflictos particulares, lo nacional pervive en las novelas en la noción y el sentimiento de pertenencia e identidad dado por la tierra. Su más alto logro poético es haber dado vida literaria a esta concepción telúrica de la nacionalidad. Este hecho ha sido pasado por alto por la crítica, más atenta a las novedades formales que las obras presentaban o a los conflictos individuales o sociales, en el plano significativo, pero sin dar nunca con la verdadera raíz de los mismos.

La realización literaria de este concepto de nacionalidad significa la transposición estética de un fenómeno tal como se da en el orden real, sin contaminación ideológica alguna. Cuando Yáñez logra plasmar literariamente este hecho es cuando se muestra más fiel a sí mismo, a su deseo de presentar lo auténticamente mexicano. Esta es su forma más cabal de realismo profundo, de ahí que resulte oportuno detenerse en este aspecto. Se ha señalado al comienzo, como un hecho evidente, que el espacio constituye el común denominador de esta trilogía novelesca, porque de él deviene su unidad más que de las anécdotas, en algunos casos circunstanciales, o de la concepción circular del tiempo. La importancia del hecho reside en que el espacio no es para Yáñez sólo la naturaleza sino que la tierra es representada, en virtud de las relaciones que el sujeto guarda con ella, como definidora del ser en su dimensión natural más importante. Desde esta perspectiva adquieren una más cabal significación los conflictos, los valores, en suma, toda la realidad representada.

Queda por señalar que esta concepción territorial de nacionalidad, que Yáñez sustenta para explicar la realidad de su país, es la que define a toda Hispanoamérica. Así lo explica Ycaza Tigerino:

“Una concepción americana de la nación distinta de la europea, una concepción telúrica, en que la tierra es el elemento primordial preponderante en la determinación y orientación de los factores espirituales y culturales de la nacionalidad”.²²

En razón de este hecho, las tres novelas de la tierra jalisciense alcanzan a través de sus limitados ámbitos regionales una real dimensión americana.

También en la profundización del carácter nacional hasta su máxima tensión es como Yáñez alcanza la universalidad tan buscada por él.

Las obras esperan, en este sentido, un análisis, no realizado hasta el presente por la crítica, que revele, pormenorizadamente, estos aspectos fundamentales del plano significativo, cuya importancia ha sido aquí sólo encarecida.

²² Julio YCAZA TIGERINO. *Hacia una Sociología Hispanoamericana*. Madrid, Cultura Hispánica, 1958. p. 220.